

por personas racionalmente zelosas de los adelantamientos de las ciencias ¹?

§ 7.

382. *P.* Pero siendo tan sublimes los dogmas de la Religion cristiana, ¿no viene á ser por este motivo ininteligible, y por el mismo hecho inútil para la mayor parte de las gentes? Los salvajes y los niños, ¿cómo han de poder practicar, apreciar ni saborearse con la pureza de su moral?

R. Mientras unos filósofos hallan que la Religion cristiana es demasiado sublime, otros nos enseñan que no se ha hecho sino para el pueblo bajo y grosero. Esta contradiccion cuando menos prueba que la fe cristiana es sencilla y sublime, y que la union de estas dos qualidades forma verdaderamente su carácter. En todos tiempos se ha observado que el hombre no se hace sabio en la Religion á fuerza de estudio y especulaciones: un labrador sencillo me instruirá mejor en la fe cristiana que el mas sutil de nuestros filósofos. En el sencillo pueblo es donde se hallan frecuentemente los hombres mas firmes en la fe, mas penetrados en sus dogmas, mas fieles á sus leyes, y los mas llenos de sus esperanzas ².

1 No se puede negar que este zelo no sea hoy excesivo y mal dirigido. No se hallan palabras para elogiar dignamente á un Soberano que favorece las ciencias y las artes: se le representa como un astro benéfico nacido para iluminar el universo, y desterrar para siempre el mal gusto, las preocupaciones, y los errores. No vituperamos estas disposiciones, al contrario las deseamos en todos los Soberanos; pero para ser consiguiéntes, se deberia advertir, que si él cree que hay un Dios, una Religion, un Evangelio, la primera atencion deberia ser hácia estas grandes, necesarias, y primeras verdades. ¿Es acaso de mayor importancia para una nacion ó reino tener filosofia, que tener la verdadera fe? ¿Será de mayor deshonor para un Estado explicar mal los fenómenos de la naturaleza, que ver adorados en él los dioses ridiculos del Paganismo; ó lo que es aun peor, ver enseñar allí la irreligion y el Ateismo?

2 Quoniam non cognovi litteraturam, introibo in potentias Domini. *Ps.* LXX. — * Esto mismo nos ha hecho ver en las dos épocas últimas de nuestros trastornos políticos: el pueblo sencillo ha sido constantísimo en la obediencia á su Rey y gobierno legitimo. Un

Los directores de las almas, depositarios de sus sentimientos y de sus luces, son los que principalmente pueden y deben dar testimonio de una verdad, que el orgullo de los hombres mundanos no conocerá. « Me » sorprendo, dice el P. Bourdaloue hablando de una alma » sencilla (*Pens. sobre la devocion*), del modo con que » se explica: ¡qué uncion! ¡qué fuego anima sus pa- » labras! Ella se expresa en términos que, por lo mismo » que no son estudiados ni afectados, me hacen conce- » bir las mas elevadas ideas del Sér divino; de las gran- » dezas de Dios, de sus misericordias, de sus juicios, » de los caminos de su providencia, de su conducta pa- » ra con sus escogidos; de sus comunicaciones interio- » res. Me asombra y admira todo esto; y lo admiro tan- » to mas, cuanto que la persona que así me habla, es á » veces una simple doncella, una criada de servicio, una » aldeana. ¿En qué escuela ha aprendido estas grande- » zas? ¿de boca de qué maestros? ¿qué doctores ha con- » sultado? ¿qué libros ha leído? á veces ni aun leer sa- » be.... *Veniunt indocti, et rapiunt regnum Dei, et nos » cum nostris scientiis demergimur in profundum, etc. » etc.* (Aug. l. 8. *Confes. c. 8.*) »

El autor de la Religion cristiana es el Criador, el árbitro y Señor del corazon humano, y derrama en él sus luces á medida de nuestra correspondencia, y segun los impulsos de su providencia paternal. Se han visto salvajes, criados en todos los horrores de la barbarie, llegar á ser fervorosos cristianos, y servir de modelo á los antiguos fieles. Se han visto niños con mas sabiduria y conocimientos en materias de Religion que los hombres mas instruidos ¹; porque esta edad, si tiene grandes

cierto tino, que no sabia definir, le hacia distinguir las cosas, y aun respectivamente á las personas fieles, ó no fieles, se ha engañado pocas veces.

1 Cùm adhuc junior essem, priusquàm oberrarem, quæsivi sapientiam palàm in oratione mea.... Latatum est cor meum in ea. Ambulavit pes meus iter rectum. A juventute mea investigabam eam. *Eccli.* LI. Initio cognovi de testimonijs tuis.... hæreditate adquisivi testimonia tua.... super senes intellexi, quia mandata tua quæsivi. *Ps.* CXVIII. Declaratio sermonum tuorum illuminat, et intellectum dat parvulis. *Ps.* CXVIII.

oposiciones á la inteligencia y práctica del Cristianismo, trae tambien consigo disposiciones felicísimas. La sencillez, la docilidad, la ignorancia de lo malo, son preparativos preciosísimos para la instruccion é impresiones de la fe. San Agustín conocia por experiencia de cuánto eran capaces los niños, cuando hablando de los primeros años de su juventud, decia. (*Confes. l. 5, c. 9*). « En aquel tiempo, ó Señor, yo vine por fortuna á dar » en manos de algunos de aquellos que tenian el santo » cuidado de invocaros, y por lo que me decian de vos » comprendí, segun las ideas que podia formar en » aquella tierna edad, que érais sin duda una cosa gran- » de, y aunque invisible y no sujeto á nuestros sentidos, » podiais sin embargo oírnos y socorrernos. Así es que » desde mi infancia empecé á suplicaros, y miraros co- » mo mi apoyo y sostenimiento. A medida que mi len- » gua se desataba, sus primeros movimientos los emplea- » ba yo en invocaros. »

383. P. ¿Y qué debemos pensar de esas máximas de un pedagogo moderno: á saber, *que todo niño que adora á Dios es un idólatra; ó bien un antropomorfito, porque siempre se lo figura bajo alguna imágen? ¿qué no se debe hablar á los niños de Religion hasta que no estén en estado de distinguir la verdadera de las falsas, etc.?*

R. Dios, que quiere ser conocido de los hombres desde sus primeros años, no hizo este conocimiento tan difícil que sea necesario ser filósofo para adquirirle. Un niño es naturalmente curioso; lo admira todo, y de todo pregunta. El hermoso espectáculo de la naturaleza, el aspecto brillante y luminoso de los cielos acaso? no es para sus padres, ayos ó maestros un medio seguro de excitar en él, confirmar y extender en su alma la idea de Dios? « Mamámos con la leche de nuestras nodrizas, » decia Platon (*Dialog. 10 de legibus*), el conocimiento de » los dioses, tanto por los discursos y conversaciones

1 Rousseau pretende que esto no hace impresion alguna en los niños; por fortuna sabemos lo contrario por muchos ejemplos, y por la verdad sensible de un hermoso pasaje suyo, que referimos en el núm. 93. Esta insensibilidad solo podrá darse en los niños ya corrompidos, ó extraordinariamente disipados.

» que nos tenian, como por los cánticos é himnos que » les oíamos cantar en su alabanza. » El conocimiento del autor de nuestra vida no está reservado á largas meditaciones, ni á una razon adulta; brota naturalmente en una alma sencilla, y en un corazon puro. El que no conoce por experiencia la verdad de esta observacion, argüirá cuanto le parezca; pero lo que él no siente, lo sienten todos los demás; y todo corazon que no esté corrompido, atestiguará que conoce á Dios por otro medio que por silogismos¹. Importa poco que su imaginacion le presente alguna figura simbólica, como un mar vastísimo, una extension sin cuerpos, una luz que deslumbra, etc., la razon no se para en estas figuras, y va derecha á la cosa que ellas designan. — En cuanto á la enseñanza de la Religion, persuadidos de que es la verdadera la que se profesa, nunca será bastante pronto el enseñársela á los niños, porque no se arriesga el peligro de engañarlos. Mas si se cree estar en el error, se debe guardar bien de enseñarle á persona alguna, ni á los diez y ocho años, ni á los cincuenta. Por lo demás el error, unido ó asociado á las verdades fundamentales de la Religion, bien sea la natural ó revelada, se debe seguramente preferir á la ignorancia total de Religion. Un niño criado en el olvido de Dios, y dejado al impetu de sus pasiones, resiste luego á todas las lecciones é instrucciones, que se le puedan dar en edad mas adelanta-

1 « Por pequeño que sea un niño, dice un autor que ha escrito mucho, y á veces con profundidad, sobre la educacion, es necesario hacerle amar á Dios, y ejercitarse en una devocion, que el tiempo hará mas ilustrada, pero no mas sólida. » *Teoría de la Educacion*, por M. Grivel. Estas últimas palabras, que parecen una paradoja, son sensiblemente ciertas y palpables á todo el que ha tenido desde sus primeros años el gusto y sentimiento de la devocion, y cuyo corazon se abrió desde luego á las impresiones de Dios, y que como David fué prevenido con bendiciones de dulzura. En una edad mas avanzada, despues de todas sus lecturas y reflexiones, y de haber acaso adquirido el crédito de *sabio*, él no siente que es cristiano, verdadero y zeloso siervo de Dios, sino en cuanto se acerca á la simple é ingenua devocion que gustó y practicó en su niñez. Y acaso en este sentido se deban tomar aquellas memorables palabras de Jesucristo: « Nisi... efficiamini sicut parvuli, non intrabitis » regnum caelorum. » *Matth. XVIII, 3*.

da. Solo la Religion y las grandes ideas de Dios son las que pueden reprimir los vicios nacientes, y hacer que broten en el corazon del hombre las virtudes, que han de hacerle despues feliz toda su vida¹. No hablarle de

1 In quo corrigit adolescentior vias suas? In custodiendo sermones tuos. *Ps.* cxviii. Testimonium Domini fidele sapientiam præstans parvulis. *Ps.* xviii.—El mismo Rousseau reconoce esta verdad, porque desechando la educacion religiosa quiere que los niños se dejen vivir á su gusto, comprendiendo muy bien que sin la fuerza que da el temor de Dios á las lecciones morales, estas son del todo nulias. Pero, ¿y cuál puede ser el efecto de este monstruoso sistema? Oigamos á Bayle, á ese alborotado precursor de la moderna incredulidad, cuyo voto no puede ser sospechoso. « ¿Cuál es, pregunta » (*Pens. divers. t. 3.*), la voz de la naturaleza? ¿cuáles, decidme » por favor, son sus documentos? Que conviene comer y beber bien, » gozar de todos los placeres de los sentidos, anteponer los intereses » propios á los ajenos, acomodarse á todo lo que nos puede traer » alguna utilidad, hacer mas bien una injuria que sufrirla, y ven- » garse si se puede. No se diga que el trato y compañía de los malos » es el que inspira estas pasiones: ellas se ven no solo en las bestias, » que no hacen mas que seguir el instinto de la naturaleza, sino » tambien en los niños: son anteriores á la mala educacion; y si » el arte no corrigiese la naturaleza, no habria cosa mas corrompida » que el alma del hombre, ni cosa en que se asemejasen y convinie- » sen con mas unánime consentimiento que en esto; á saber, que se » debe dar al cuerpo cuanto desea, y satisfacer la ambicion, la » envidia, la avaricia, y el deseo de vengarse en cuanto se pueda. » Toda la antigüedad pagana pensó del mismo modo que Bayle. Las naciones, que miramos como bárbaras, jamás dudaron de la necesidad de la educacion moral, y aun de la religiosa, qna hace eficaz y constante á la primera. Solo el vicio, decia Séneca, no tiene necesidad de maestro, á la manera que las zarzas y espinos no la tienen de cultivo. Es cierto, añade este filósofo, que el hombre nace con el gérmen de todas las virtudes: *Omnium honestarum rerum semina animi nostri gerunt*; pero depende de la instruccion, y de una sabia educacion el que puedan brotar, *que admonitione excitantur*: sin esta no esperéis que broten, ni que florezcan. Aquellas felices disposiciones con que ha nacido vuestro hijo, son una débil y ligera centellita, que se extinguirá para siempre, si el que es su depositario no cuida de animarla con su sople, y no la ayuda á desarrollarse y extenderse: *Non aliter, quàm scientia flatu levi adjuta, ignem suum explicat*. He conocido un niño á quien sus imprudentes padres habian criado segun el pernicioso principio del filósofo de Ginebra: á los ocho años era ya un monstruo de lubricidad y de

Religion hasta la edad adulta, *seriu*, decia un filósofo hablando de esta paradoja de Rousseau, *lo mismo que si se nos quisiese persuadir que no se debe aprender á tocar un instrumento hasta que los dedos estén endurecidos y casi inflexibles*.

§ 8.

384. *P.* Las máximas del Cristianismo ¿no han sido causa de algunas acciones, al parecer, contrarias á los sanos principios de la razon? ¿no se ha visto á los Santos practicar cosas, que no se pueden fácilmente conciliar con la prudencia, y con la sana Teología?

R. 1º Es contra toda razon y justicia atribuir á la Religion todo lo que han hecho los hombres, que la han seguido, y han profesado sus máximas. No todo lo que han hecho los Santos es objeto de imitacion, ni aun á veces debe aprobarse: el hombre no suele ser constantemente racional aun en las cosas mas racionales. Algunos Santos pudieron, por motivos laudables, ejecutar algunas singularidades, que la Religion bien entendida no inspira, aunque son excusables por la buena fe, y rectitud de su intencion. No es en esto en lo que se nos proponen por modelo. La humanidad, aun en el estado de su mayor perfeccion, no tiene á veces bastante exactitud para conciliar las virtudes, que parecen opuestas, ó amplitud y extension para abrazarlas todas. Los mayores Santos, por ser héroes, no dejaban de ser hombres.

2º El mérito de las buenas obras depende tambien en alguna manera de las circunstancias, tiempos y costumbres de los pueblos. Fleury, á quien ciertamente no se le llamará apologista de devociones mal regladas, ó mal entendidas, se expresa sin embargo sobre esto de un modo propísimo para contentar á todo crítico racional. « Es de creer, dice (*Costumbres de los cristianos, n.º 63*), que Dios les inspiró este tenor de vida por

malicia: á los once mató al criado mas fiel de la casa. Fué necesario hacerle desaparecer de la sociedad de los vivientes encerrándole, y detener con violencia á su mismo padre para que no le matara.

» respecto á las necesidades de su siglo. Tenian que
 » tratar con una nacion tan perversa y rebelde, que era
 » necesario llamarla la atencion con objetos sensibles.
 » Los discursos y exhortaciones eran de poco valor para
 » unos hombres ignorantes y brutales, acostumbrados
 » á la sangre y al pillaje. No hubieran hecho caso de
 » austeridades comunes ó medianas, estando criados
 » en las fatigas de la guerra, y avezados á llevar siem-
 » pre sobre sí la coraza. Pero cuando veian á un San
 » Bonifacio, discípulo de San Romualdo, andar á pié y
 » descalzo por países helados; á un Santo Domingo, el
 » *Lorigado*, todo él chorreando sangre de los golpes de
 » las disciplinas; entonces contaban que estos Santos
 » amaban á Dios, y detestaban los pecados. En nada
 » hubieran apreciado ellos la oracion mental, que no les
 » era visible; pero veian que se oraba, cuando se reci-
 » taban Salmos¹. En fin, no podian dudar que estos
 » Santos amaban á sus prójimos, pues que hacian peni-
 » tencia por ellos: movidos de estas exterioridades se
 » hacian mas dóciles, y escuchaban á aquellos sacerdo-
 » tes y monjes, cuya vida admiraban, y así llegaron mu-
 » chos á convertirse. » Esta reflexion basta para expli-
 » car muchas de las singularidades, que hoy chocan en
 » las historias de los Santos á los espíritus delicados, y
 » muy preocupados de las costumbres actuales; la cual
 » está confirmada por aquellas palabras del Apóstol: Me
 » he hecho todo para todos, para ganar á todos á Jesu-
 » cristo: *Omnibus omnia factus sum, ut omnes facerem sal-
 » vos* (I Cor. xix).

385. *P.* ¿Y porqué la Iglesia pone en el número de los Santos á unos hombres inútiles al mundo, que ni han hecho servicio á su patria, ni á la sociedad en comun?

R. Ofrecer modelos de sabiduría y de virtud, es un

¹ Habla de aquellos que recitaban muchísimo en posturas extrañas. Lo mismo debe decirse de los solitarios *stylitus*, que se consagraban á una penitencia y oracion perpetuas. Los pueblos no podian menos de formar una grande idea de un Dios, á quien unas personas tan sabias y virtuosas adoraban de un modo tan constante y tan penoso. Fuera de que ellos predicaban desde sus columnas, y hacian grandes conversiones.

servicio importantísimo, hecho á toda la sociedad. Hay hombres, que se santifican en medio del mundo: hay otros llamados á servir á Dios de un modo particular, que los retira del mundo: si tienen las virtudes de su estado; si son sóbrios, castos, pacientes, caritativos, son dignos del favor divino, y esto basta para ser santos. Sus oraciones, y la pureza de su vida son el escudo del Estado. Diez justos hubieran contenido la espada de la divina justicia levantada contra las ciudades nefandas, que fueron consumidas con fuego del cielo. La victoria contra los Amalecitas fué fruto de las oraciones de Moisés. « Los justos, dice David, desde el seno de la » quietud y tranquilidad, fruto de las virtudes pacíficas, » castigan á los pueblos criminales, encadenan las na- » ciones, y humillan á los Reyes soberbios; tienen en la » mano la espada victoriosa, al mismo tiempo que sus » labios resuenan con las alabanzas de Dios¹. » Todos los que creen que hay un Dios, y un Dios á quien con las oraciones podemos hacérnosle propicio y clemente, convienen en esta verdad; los protestantes juiciosos la admiten igualmente que los católicos²; solo los filósofos, como creen degradarse pensando como los demás, no hallan sino tinieblas, donde todos ven una clara luz.

§ 9.

386. *P.* La influencia del Cristianismo sobre la santidad de la vida, y pureza de las costumbres, ¿se extiende tambien á la felicidad temporal, y á hacer dichoso al hombre, en cuanto puede serlo en esta vida?

R. Si la fe de un Dios y de la inmortalidad del alma es esencial á la felicidad del hombre, lo es igualmente la Religion; y hemos visto ya (*Lib. 1, c. 4, § 5, lib.*

¹ *Lætabuntur in cubilibus suis. Exaltationes Dei in gutture eorum, et gladii accipites in manibus eorum: ad faciendam vindictam in nationibus, increpationes in populis; ad alligandos reges eorum in compedibus, et nobiles eorum in manicis ferreis, ut faciant in eis iudicium conscriptum. Ps. cxxlix, 5-9.*

² *Pressi calamitate confugiunt ad Eliseum; ut urgente necessitate sint piorum preces, aliàs nihil habitatorum urbium, et populorum asila. Scheuchzer, Phys. Sacr., t. IV, p. 600.*

3, c. 4, § 2) que el separarse de ella, precipitaba paso á paso en el abismo mas profundo de la incredulidad. Hemos observado tambien (*lib. 3, c. 2, § 2*) que estas consoladores verdades, conocidas por la razon, tomaban una nueva fuerza por el apoyo de la revelacion. Ahora bien; ¿quién duda que la Religion cristiana sostiene mejor la idea de un Dios, y de un Supremo juez, ejerciendo su justicia aun despues de la muerte, que la grosera y sensual doctrina de Mahoma acerca de la vida futura, ó las fábulas de las religiones idolátricas, el tártaro y los campos Eliseos de la antigua Mitología?

387. *P.* Prescindiendo de esta observacion, el Cristianismo ¿no tiene en sus dogmas y en su moral con que formar la verdadera felicidad del hombre?

R. Podemos discurrir sobre esto con la doctrina de un filósofo, el cual ha escrito de propósito un tratado sobre la felicidad (*Ensayo de filosofia moral por Maupertuis capit. 6*). « Veamos, dice, si la razon ilustrada » con una nueva luz puede adelantar mas, y enseñar- » nos medios mas seguros para alcanzar la felicidad, ó » cuando no, hacer nuestra suerte menos penosa. Yo » no trato de examinar aquí la Religion sino bajo este » único respecto; prescindo ahora de todo lo que tiene » de divino; ni menos me paro en las dificultades, que » pudieran ofrecer á nuestra mente sus misterios. No » considero al presente mas que las reglas de conducta, » que nos prescribe con respecto á la felicidad de esta » vida ¹. En un principio se tomó al Cristianismo na- » ciente por una nueva secta filosófica; considerémosle » nosotros tambien así, y bajo este único aspecto com- » paremos su moral con la de los Estóicos. No han fal- » tado autores, que por un zelo inconsiderado, han que- » rido encontrar en la moral de estos filósofos la del

¹ Hace ya mas de dos mil años que David miraba bajo este mismo punto de vista la observancia de la ley de Dios en general: para este santo Profeta el ejercicio constante de las virtudes, y la práctica de una santa vida, era el gran secreto de la felicidad, y el único medio de pasar estos dias dichosamente: — Quis est homo qui vult vitam, diligit dies videre bonos? Prohibe linguam tuam à malo, et labia tua ne loquantur dolum. Diverte à malo, et fac bonum; inquire pacem, et persequere eam. *Ps. xxxiii, 13-15.*

» Cristianismo; causa admiracion ver los trabajos de M. » Dacier sobre esto, y que despues de todas sus inves- » tigaciones, no haya notado la extrema diferencia de » estas dos filosofías, aunque á primera vista parecen » confundirse, y su práctica ser la misma: llevado de » esta idea, ha dado un sentido cristiano á todo cuanto » ha traducido. No es tampoco el primero que ha caído » en este error; pues hemos visto una antigua paráfrasis » de Epicteto, atribuida á un monje griego, en la cual » el Evangelio y Epicteto se hallan igualmente desfigu- » rados ¹. El P. Morgues, jesuíta, hombre de agudísimo » ingenio, es el que ha conocido mejor la diferencia » que hay entre uno y otro, y quanto dista la moral es- » tóica de la cristiana: la conformidad que aparece en » las costumbres exteriores del estóico y del cristiano, » pudo engañar á los que no la han considerado con la » atencion y perspicacia conveniente; pero en sustan- » cia nada hay que admita menos conciliacion, ni me- » nos se parezca; y la moral de Zenon ² no es menos

¹ Epicteto vivió noventa y cuatro años despues de Jesucristo: los Evangelios estaban entonces ya extendidos por toda la tierra, y era necesario que este filósofo hubiera pasado sus dias sobre la cima del Caucaeso para no tener noticia de ellos. Tertuliano observa, que la lectura de los Profetas, y en general de las santas Escrituras, produjo lo que habia de mas sabio y sensato en la antigua filosofia: « Antiquitas praestructa divinæ litteraturæ, quo facile credam the- » saurum eam fuisse posteriori cuique sapientiæ... Quis poetarum, » quis sophistarum, qui non omnino de prophetarum fonte potaverit? » *Apolog., c. 45.* Casi todos los santos Padres, y los mejores autores de la antigüedad, son del mismo parecer. Véase el núm. 280 *supra*.

² Un filósofo cristiano hace á este propósito una reflexion muy justa é importante sobre el espíritu de Jesucristo y el del mundo. « Es una cosa muy notable, dice, el significado de esta palabra » mundo, y el mundo mismo en el sentido del Evangelio. Este ser » tan real, y tan á la vista de todos, no ha sido sensiblemente cono- » cido y manifestado, digámoslo así, hasta despues de Jesucristo. Los » moralistas antiguos no habian hablado de él, porque ellos mismos » eran del mundo, y su vana y fastuosa moral, sus aparentes y or- » gullosas virtudes, nada tenian que no fuese conforme con su es- » piritu, y por lo mismo no podian formar un sér moral diferente » del que procuraban establecer. Pero Jesucristo nos ha descubierto » el espacio inmenso que dejaba el mundo, aun en su mas elevada

» contraria á la del Evangelio, que podría serlo la de
 » Epicuro : ni esto necesita de mas pruebas que la ex-
 » posicion del sistema estóico. El se reducía todo á esta
 » máxima : *no pienses mas que en tí, ni hagas sacrifi-*
 » *cios por otra cosa que por tu reposo* : la moral del
 » cristiano se compendia en estos dos preceptos :
 » *Ama á Dios con todo tu corazon, y al prójimo como á*
 » *tí mismo.*

» Para comprender bien el sentido de estas últimas
 » palabras, conviene, y es necesario saber lo que el
 » sistema cristiano nos enseña acerca de Dios y res-
 » pecto de los hombres. Dios es la regla, el órden e-
 » terno, el Criador del mundo, un Sér omnipotente,
 » sabio, bueno. El hombre es obra y hechura suya, y
 » está compuesto de cuerpo, que debe perecer, y de
 » un alma inmortal, que durará eternamente. Estas dos
 » ideas bien establecidas bastan para hacernos conocer
 » la justicia y la necesidad de la moral cristiana. *Amar*
 » *á Dios con todo su corazon*, quiere decir, ser entera-
 » mente obediente á sus mandamientos, no tener mas
 » voluntad que la suya, y no considerarse ni obrar sino
 » con relacion á lo que somos respecto de él. *Amar á*
 » *los otros hombres como á sí mismo*, es una continua-
 » cion ó consecuencia del primer precepto. El que ama
 » á Dios perfectamente, debe amar al hombre, que es
 » hechura suya. El que nada ama sino con relacion, y
 » por respecto á Dios, en nada debe preferirse á los
 » otros. Es fácil de ver que el cumplimiento de estos
 » dos mandatos es la fuente de la mayor felicidad que
 » se puede obtener en la tierra. Este ofrecerse entera-
 » mente y entregarse en las manos de Dios, procurará

» sabiduria, entre sus lecciones y las del Evangelio. De aquí es que
 » el cristiano menos instruido conoce al mundo, y sabe y puede con
 » toda exactitud decir : *Tal es el mundo : hé aquí como el mundo*
 » *nos engaña : tales son las mentiras é ilusiones del mundo :*
 » *las falsas virtudes é hipocresía del mundo.* Lenguaje desco-
 » nocido á todos los sabios de la antigüedad, y aun á todos los sa-
 » bios modernos que han abjurado la fe. » — Acaso en este sentido
 » nos diga San Juan (Joan. xvi, 11) : *Princeps hujus mundi jam*
 » *judicatus est*; y aun mas claramente en otra parte : *Nunc judi-*
 » *cium est mundi* (Joan. xii, 31.).

» no solo la paz del corazon, sino que su amor derra-
 » mará por este medio y hará hallar en él una dulzu-
 » ra que el estóico no conoce. Este ocupado siempre
 » de sí mismo, no piensa sino en ponerse á cubierto de
 » los males y trabajos ; para aquél no hay trabajos que
 » temer. Todo lo penoso que nos puede suceder en el
 » estado natural, viene ó de causas puramente físicas, ó
 » de parte de los otros hombres ; y aunque estos dos
 » géneros de accidentes pueden reducirse á un solo
 » principio, no obstante, el cristiano y el estóico los han
 » considerado bajo aspectos diferentes en la práctica de
 » su moral, y han buscado motivos tambien diferentes
 » para soportarlos. El estóico toma los accidentes físicos
 » por otros tantos decretos del hado, á que debe some-
 » terse, porque seria una ridiculez el resistirle : en los
 » males que le hacen los hombres ; no halla en ellos
 » mas que falta de juicio y reflexion ; considéralos co-
 » mo brutos, y no quiere creer que tales hombres pue-
 » dan perjudicarle. Un destino inflexible, unos hombres
 » insensatos, hé aquí todo lo que él ve ; y sobre esto
 » debe arreglar su conducta. Pero ¿ puede con esto vi-
 » vir contento ? ¿ estar tranquilo ? ¿ los males son menos
 » penosos, porque no tengan remedio ? ¿ los golpes se
 » hacen menos sensibles, porque vengan de una mano
 » que se desprecia ¹?... El cristiano mira las cosas de
 » muy diferente manera. El hado es para él una qui-
 » mera ; un Sér infinitamente bueno lo arregla todo, y
 » todo lo ordena para su mayor bien : cualquiera cosa
 » que suceda, no se somete en razon de que seria inútil

¹ Un autor que sabe bien lo que valen, así la moral de Zenon,
 como la de Epicteto, ha tenido cuidado de prevenirnos contra los
 consuelos que nos podíamos creer tentados á buscar en ella. « Todos
 los recursos, dice, que nos ofrecen en los acontecimientos, que no
 dependen de nosotros, están tomados ó de la necesidad de las cosas,
 tan poco consoladora en sí misma, ó de cierta fortaleza estóica, por
 la cual el filósofo se envuelve en su virtud, y se mira como inaccesible
 á los golpes de la fortuna ; virtud y fortaleza de alma, que no
 hace mas que concentrar interiormente las penas, y muchas veces las
 hace mas sensibles. » Por todo lo que se dice en estos números y
 notas se verá el concepto que se debe formar del *Eusebio*, que á
 tantos ha arrebatado, y cuyas consecuencias son bien palpables.